

Basura de oro

MANUEL HERRERO MONTOTO



Hay tres circunstancias en esta vida no deseables ni al mayor enemigo. A saber: un divorcio con retranca, unas hemorroides agudas y una mudanza. Del divorcio con retranca tenemos sobrada información que pone de manifiesto la truculencia del evento; sin ir más lejos, ahí está el «año horrible» de la monarquía inglesa. La crisis hemorroidal aguda propiciada por una fartura de callos bien picantinos puede dejarte los bajos como los del orangután, y con tal desazón anal que desearías meter los cuartos traseros en el congelador. Y la mudanza, ¡la madre que la parió!, ésa es la más cabrona de todas, quizá porque no hay peor mal que ése que

se está padeciendo. Con todo y con eso e intentando ser objetivo, estimo que la perversidad diabólica de una mudanza es capaz de desmadejar cuerpo y alma sin ningún tipo de compasión. En el largo y complejo proceso de desarmar, trasladar y recomponer el puzzle satánico, algo de ti se va muriendo, o al menos encaneciendo. Es más, queda en evidencia la estupidez, tu estupidez, al tomar conciencia del hecho de haber convivido con material inservible y de desecho un porrón de abriles, con basura...

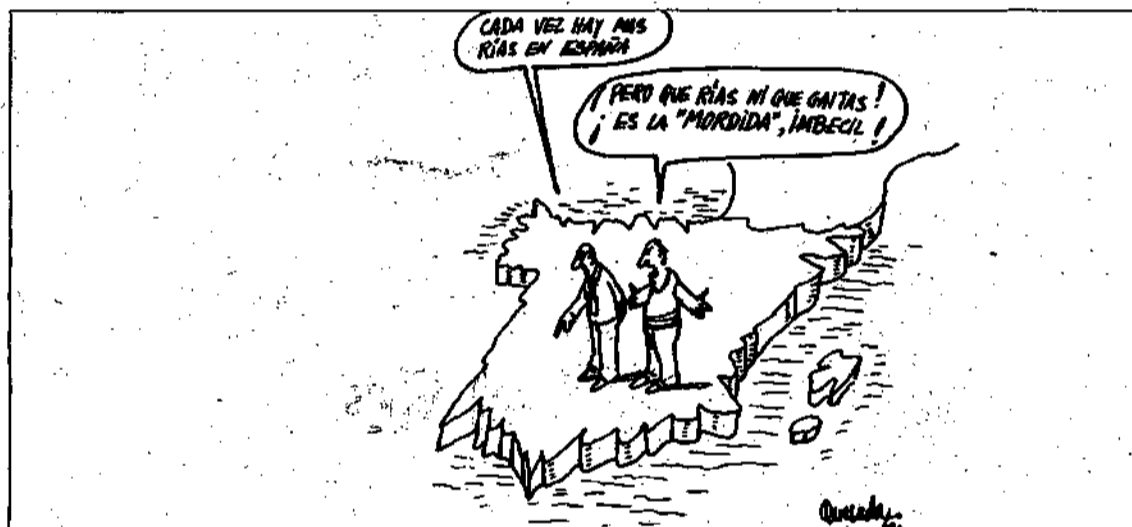
—¡Eh, eh, alto ahí, escribidor refalfiado! ¿No se ha parado a pensar por un momento que esa basura, lo inservible de su linda y preciosa casita, pudiera ser oro para muchos congéneres de este

planeta: somalíes, etíopes, angoleños, zaireños, ruandeses, filipinos, cubanos y un largo etcétera que nos ruborizaría la jeta cosa mala? ¿No se ha parado también a pensar que a nosotros, los ciudadanos que poblamos el ombligo del mundo, el excedente de cupo de lo inservible nos viene de la pobreza de los demás, es decir, que ellos son pobres porque nosotros somos ricos? Y...

—Oiga, por su madre, no me quemé usted más la sangre y dígame qué coño hago yo con todos estos libros, vídeos, juguetes viejos, ropa pasada de moda y demás enseres apilados ahí, al fondo, en la tierra de nadie.

—Métalo en el 0,7 por ciento; pero, ojo, hágalo antes de usar y sin agitar.

Quesada



Entre paréntesis

Don Juan/Ansón

LUIS MEANA

Como se sabe, Don Juan es el título de gloria del libro recién publicado por Luis María Ansón, libro en el que describe el pulso de poder entre el dictador —Franco— y el depositario de la legitimidad monárquica —don Juan— por darle forma a la Historia de España. Más que de un libro, habría que hablar en este caso de un fresco de Ansón: lo que éste hace es una descripción —subjetiva y coloreada— de los entresijos laberínticos de la restauración de la monarquía en España, pero vista más por las partes menos conocidas del revés que por las partes más conocidas del envés. O sea, historia desde el subjetivismo de las bambalinas. Lo que le sale es un cuadro costumbrista-subjetivista de la realidad al que no le falta nada de lo que hace verídica la subjetividad: datos inéditos, historia interna, antipatías y simpatías del autor; en una palabra, historia para adultos. A primera vista, el libro hace un retrato magistral del gran timonel, oculto y semianónimo, de la restauración monárquica en España: don Pedro Sainz Rodríguez, quien, como un magistral Maquiavelo español, guía, ya mucho antes que Torcuato Fernández-Miranda, todo el proceso de restauración de la monarquía parlamentaria. El cuadro que traza Ansón de don Pedro es objetiva y subjetiva-

mente arrebatador: un personaje de novela, entre zampabollos, putañero y cascarrabias, con increíble perspicacia histórica, magnífico conocimiento de los Borbones y excelente olfato político. Cuadro que coincide, en líneas generales, con lo que uno mismo descubrió en su trato con don Pedro en el Madrid de finales de los setenta: un anciano atípico que siempre cogía el teléfono contestado con un sonoro «hallo», y un sabio algo anacrónico que llamaba a los fontaneros o electricistas que iban a hacerle arreglos a su casa del Parque de las Avenidas «ciudadanos», como si fueran hijos de Robespierre. A nivel más profundo, lo que este libro postula es la teoría conspirativa de la historia, tan querida siempre a la derecha, en la que un hombre —en este caso, don Pedro— aparece poco menos que como un titán capaz de doblegar, con su suma astucia e inteligencia, los hechos. Con ese piadoso trasfondo, lo que Ansón ha escrito es la historia novelada del realismo mágico español en la teoría política. Ansón nos presenta el bello sueño del poder del gran hombre sobre los acontecimientos, de la inteligencia sobre el azar o la inextricabilidad de los sucesos. Libro-novela estupenda por, y a pesar, precisamente, de su romanticismo racionalista o de su racionalismo romántico.

El Presidente y su cuñado (y 3)

ANTONIO GUERRA



Nunca como ahora este país nuestro, tan poco afortunado por la Historia, se ha mostrado tal cual es. Ni siquiera falta el caudillo que desde Viriato o Felipe II siempre hemos tenido a mano para justificar los desmanes de los que sólo era responsable el pueblo, en el mejor sentido de gléba aborregada o votadora. Lo que más luce en esta hora en que todo se viene abajo es la paradoja de este pueblo que grita frente a lo que defendió, hasta hace muy poco, con visos de alabanza y sumisión. El «caso Palomino», que cada día se parece más al «caso Juan Guerra», ha venido a completar el tufillo a cada-verina que sume al felipismo en su descomposición. Pero lo que más preocupa al ciudadano corriente, que poco sabe y cada día quiere saber menos de política, es lo que se va a llevar por delante este sistema al que ha dado naturaleza y forma un hombre como González, cuya enfermiza obsesión por seguir mandando cada día obnubila más su bien dotada inteligencia. Mientras tanto, se ha instalado tal griterío en nuestra convivencia,

que la confusión está a la orden del día en una España-Babel donde ya no se entienden ni los más listos.

¿Pero quiénes creen ustedes que son los que más gritan en la plaza pública hasta desgañitarse? Son casi los mismos que por temor a lo nuevo o por comodidad volvieron a instaurar el felipismo en las últimas elecciones generales. Y los mismos que serían capaces de entregarle sus millones de votos no por convencimiento, sino por miedo, por inseguridad. Me temo que quien grita en estos días es la mala conciencia de un pueblo chafardero y tomadizo que es poco de fiar. Salvando la porción de demócrata que aún le queda a nuestro presidente, el ambiente de estos días es muy parecido a los últimos años del viejo general, cuando cada día se estrenaba una conjura de salón como si fuera la última y definitiva que iba a derrocarlo. Pero don Francisco se marchó sólo por razones de edad y de salud en el apogeo de su gloria.

Felipe González conoce los bueyes con que ara y sabe bien que a las primeras de cambio, apenas mejore el paro, suban un poquito

los sueldos y los precios de la cesta de la compra no se disparen demasiado, este pueblo se olvida de esta ristra indecente de Rubio, Roldán, Conde, Palomino, Filesa, PSV... que ha llevado a España hasta la más vergonzosa corrupción. Por eso el sevillano nos promete el cambio sobre el cambio a la hora de pedir el voto, o el nuevo estilo político (NEP) —sin temer al ridículo de tamaña cursilería—, sabedor que todo va a quedar en aguas de borrajas. O se nos ofrece en hombre de Estado sempiterno recordando a De Gaulle y Adenauer, advirtiéndonos sin escrúpulos que él no ha hecho nada más que empezar en esto de la política. González sabe de más que este pueblo, que ahora llamamos soberano, es capaz de digerir toda la mercancía averiada que le eche un encantador de serpientes como él, hasta venderla como un futuro de esplendor que nunca llega.

González conoce los bueyes con los que ara y sabe que se olvida esta ristra indecente

Lo malo, como ha escrito alguien, es que a Felipe González también se le haya acabado el futuro. Lo grave para él no es la corrupción, ni un partido dividido, ni la trinca del cuñado —que no es cosa de hoy—, ni siquiera esa campaña de persecución que dicen el sevillano y sus ministros que los periodistas hemos emprendido contra el Gobierno. Lo malo, digo,

es que el sistema, lo que se ha llamado el «régimen felipista», se descompone en sus propias entrañas, y ya no se trata de elecciones o mociones de censura, sino de su propia supervivencia. En política, como ocurre en algunos movimientos sociales, y hasta en la moda, hay ciclos históricos en que las personas, las ideas y los proyectos que unas y otras encarnan dejan de tener vigencia como por ensalmo, sin ninguna causa que pueda explicar el fenómeno de esta desaparición. Esto es lo que puede ocurrir con el felipismo,

que, para su desgracia, no va a desaparecer por el rechazo o la superioridad de sus adversarios, sino por inanición. Sobre todo porque, en los tiempos que corren, este líder por antonomasia, por muy carismático que sea, no puede mantenerse por la fuerza, aunque siga manejando sabiamente, y hasta la exhaustividad, los trucos que la sustituyen.

De todas formas, el agotamiento de las ideas, el griterío —aunque voluble— de la plaza pública, la corrupción que no cesa y las trifulcas de los socialistas en su propio partido son datos que convierten en insostenible la situación política española, aunque esta crisis de descomposición nada cuenta para Felipe González. Algo impensable en un político que pretende pasar a la Historia como un ejemplar hombre de Estado. El papel que parece reservado para él es el de haber sido el primer responsable de un deterioro político —y posiblemente económico— que puede alcanzar cotas irreversibles. A esto se llama morir matando, que es la estampa tónica y típica del cainismo español.